

Sonreír

María Rosa Fernández Lemoine

Entramos al café al mismo tiempo. Somos puntuales.

Después de la pandemia retomamos nuestras citas matinales a las 10, aunque ahora nos reunimos cada quince días ya que la mayoría de las tareas y conversaciones las hacemos a distancia. La mesa es la de siempre, al lado del ventanal sobre Tucumán.

- ¿Qué toman? - pregunta el mozo, sonriendo.

- Dos cafés y dos medialunas, lo habitual - dice Roberto.

Hacía años que trabajaba en el café, si bien ahora es mozo y socio. Agustín, el dueño, está viejo (¿o es viejo?), un dilema lingüístico que el idioma inglés resolvió unificando el verbo.

- Te das cuenta los años de carrera, posgrados y ahora viene esta mujer, figura licenciada no sé en qué, en absurdos tal vez, y propone suprimir nuestra intervención en ciertos procesos cuando no haya controversia, ¿Suprimirnos?

- Calma, Roberto, no seas tan dramático, disfrutemos del café y de la medialuna. Además, no hagas una cuestión de género, en los años que trabajamos juntos sabes que en eso no transo.

- Mirá, no sé si soy o estoy viejo, pero ya no tengo humor para ocultar lo que pienso, para aguantar lo que me parece estúpido y seguir en esta calesita. Llevamos años dando la misma vuelta con quienes piensan que se puede toquetear los textos legales y construir una realidad diferente, absurdo y fijate el papel que le da al juez, es para morir de risa si no fuera tan serio. Y con lo que ganan en el llamado parlamento que más parece un parla-lento por el resultado obtenido y un parla-lamentable por el vocabulario y actitudes de alguno de ello.

- Pará, amigo, a mí también me pasan los años, como a muchos en esta rueda que rueda y rueda y pongo la platita para mantenerlos, pero no quiero seguir sumando arrugas, las cremas no son suficientes, si continuamos por este inaguantable y estéril camino.

- ¿Y qué propones?

- Á mí me enferma ver aquellos que entran al cine con cucuruchos llenos de pochoclo. En mi época, en la nuestra, comprábamos un chocolate, unas pastillas. Ahora ingresan no sé si a almorzar, a merendar, o a mirar la peli. Cuando alguno de ellos se sienta a mi lado sonrío, cambio de butaca y chau, generalmente una queda vacía. También me doy cuenta de que con el paso del tiempo voy olvidando antiguos entredichos con la gente y si escucho estupideces ya no respondo.

- ¿Y? - dice Roberto

- Hoy invito yo-. Se acerca el mozo con el posnet, ella pone la tarjeta y le dice:- Las medialunas excelentes, como siempre-.

Se paran.

-Vamos, Roberto, hoy tenemos reunión en la asociación para tratar el tema y nuestra presentación. Cambiá de “butaca” y de humor, y tratemos que el “presi”, a él también le han pasado los años, limite su discurso y no nos inunde con “su corrección política”. Sonríe.